

## RAUL GUERRA GARRIDO Y LA EPICA DEL MAR

La novela del mar, en España, encuentra en nuestro siglo a Pío Baroja como su máximo exponente. Ignacio Aldecoa, prematuramente desaparecido, aparece en la postguerra como continuador. Ahora, desde San Sebastián, Raúl Guerra Garrido se acerca a esa tradición y da una continuidad con “La mar es mala mujer” a la misma. (El mar, en España, es el mar de Euskadi. Es el mar abierto a la aventura, sinónimo de libertad e independencia. No es el mar tranquilo, culto, espejo de las mil civilizaciones que han ido depositando su sabiduría y su templanza sobre este viejo país. Es el mar de los navegantes solitarios, de los hombres enfrentados a su destino, a sus desconocidos orígenes, a sus mitos, a sus huellas perdidas en los confines de la historia, que tal vez no tienen un lugar en la tierra firme donde asentarse. El mar, como la lengua, como los orígenes de este pueblo, es un mar que nos habla de una literatura aún inocente, aún buscadora de personajes, extrovertida, de enfrentamientos religiosos, casi bíblicos).

Mítica es, en cierto sentido, la pesca del bacalao: acentúa su carga epopéyica la posible existencia de un bacalao mayor en su longitud que la del propio hombre, superior a dos metros, capaz de hundir un pesquero. Es de nuevo el Leviatán, el Moby Dick, el gran pez del viejo pescador antillano de Hemingway, quien desata la historia. Unida aquí a ese otro contrapunto de la misoginia y el aventurerismo vasco: la mujer. Triunfar en los dos campos supone alargar una vida que ve su declive, que recuerda el pasado para no morir de presente, que en la última vuelta del camino se resiste a desaparecer. Prolongar la agonía es enterrarse lujuriosamente, vencido-vencedor, a la manera del gran sol que en las aguas más profundas del océano se acuesta y desaparece, incendiándole en explosión de grito final camino de la gran noche sin retorno.

La novela del mar necesita personajes y verosimilitud para que la narración sea creíble, agarre al lector, le convenza. El espejo huye aquí de los monólogos interiores, abre luces y sombras, dramas y cuadernos de bitácora, navegaciones y descripciones realistas, fantasías y sentimientos encontrados. Demasiados teóricos del lenguaje hay en la novela española contemporánea que luego se sumergen obsesivamente en las refrescantes novelas de aventu-

ras decimonónicas y critican a quienes intentan “narrar” en nuestros días. Contar es consustancial a la literatura. Para contar hay que vivir. Y sin duda Raúl ha vivido para después poder fabular. Raúl Guerra Garrido se ha agarrado a la historia y al marco en que la historia se desenvuelve, y lo ha hecho con pasión de novelista, con conocimiento, con algún distanciamiento irónico, con firmeza narrativa. Algo que en una literatura como la nuestra, tan desprovista últimamente de espacios abiertos, de seres humanos reconocibles incluso en su vulgaridad, hay que agradecer y valorar. El experimentalismo puede conducir a la asfixia. La obra abierta impide que la novela y el mundo por ella reflejado se cierren en el vacío y la impotencia. Hombre de su tiempo, el autor de “Lectura insólita de El Capital” ha sabido llevar la vieja aventura a la era de la electrónica y los microordenadores: para hacer un guiño de complicidad con aquellos que aún saben guiarse por sus instintos y por su fuerza, y son capaces de inventar mil recetas distintas para un plato de bacalao, que puede ser mordidos por la pasión y por los celos, que encuentran en la variedad, en la diferenciabilidad, los auténticos caminos de la libertad. Y lo ha hecho envolviéndonos en la verosimilitud. Las palabras de Michel Butor aplicadas a Julio Verne, pueden aplicarse certeramente a “La mar es mala mujer”. Escribe el novelista francés: “Es cosa sabida hasta que punto Julio Verne se preocupaba por el problema de la verosimilitud. En la idea de los progresos de la ciencia y de las posibilidades de mejoramientos técnicos que ésta proyecta, encontraba el medio de hacer perpetuamente creíble lo irreal. Esa atención escrupulosa, ese continuo esfuerzo por apuntalar sus sueños, constituye una parte de su poder. Pero si ese mismo andamiaje no destruye aquello que está encargado de sostener, ello se debe —no puede ser de otro modo— a que el andamiaje en sí es “real”. Es decir, no se trata en modo alguno de un procedimiento de expresión que viene a sobreañadirse a una invención independiente. Por el contrario, las hipótesis científicas y la explicación son los mismos medios en la invención”.

En esta novela, como en la anteriormente citada de Raúl Guerra Garrido creo, personalmente, que Euskadi, en algunas de sus fundamentales contradicciones, humanas sobre todo, aparece perfectamente reflejado, y que la ficción dice, muchas veces, infinitamente más sobre su situación sociológica, política o cultural, que múltiples trabajos ensayísticos sobre el tema vertidos.

En la demasiado colonizada novelística española actual, esta obra viene a entroncar entonces con la más auténtica narrativa española contemporánea, que para mí sigue centrada en la figura de Pío Baroja.

*Andrés Sorel*